



## Reflexiones frente al 12 de Octubre

En el proceso educativo formal, por el que la mayoría de peruanos hemos pasado, la fecha 12 de Octubre tuvo una especial relevancia. Recuerdo que en cada institución educativa se ponía un notorio esmero en la celebración de esta efeméride: el **DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA**. En los libros de historia y en las enciclopedias se le dedicaba significativos espacios para destacar la importancia del suceso histórico de dicha fecha. Todos los niños peruanos nos alegrábamos hasta el delirio con aquella frase del marino, acompañante del Gran Almirante Cristóbal Colón, que gritara "¡Tierra a la vista!", cuando ya los ánimos de toda la tripulación estaban al borde del colapso. Y, también, nos hemos apenado hasta las lágrimas cuando nuestro profesor nos narraba el encadenamiento y prisión de nuestro héroe. Esas alegrías y pesares ya no los podemos evitar. Sucedieron en nuestras almas infantiles y posiblemente dejaron profundas huellas en cada uno de nosotros.



Si bien esa forma de enseñarnos la historia era coherente con los propósitos sociales de la educación de aquellas épocas, hoy, en las actuales circunstancias, tenemos (es una obligación moral) que meditar profundamente tanto respecto al suceso mismo como con respecto a sus consecuencias. No cabe duda de que la interpretación de los acontecimientos sociohistóricos varía de época a época, sea por los criterios que se pongan en juego o por los intereses que se interpongan. No hay acontecimientos

con valor absoluto. En la educación nacional y regional le dimos el valor que nos enseñaron a darle desde la perspectiva de quienes decidían lo que debíamos aprender, por tener el poder económico y político, como hasta ahora sucede. Por ello es que nos es necesario enfatizar los cuestionamientos que desde hace algunos años se viene haciendo a esa interpretación que, de alguna manera, sigue vigente por la omisión del énfasis en el rol de las diversas culturas indígenas americanas y de las consecuencias destructivas socioculturales y biológicas que ellas sufrieran y siguen sufriendo.

En nuestras instituciones educativas debemos dar vida a una explícita reinterpretación del suceso en las mentes de nuestros educandos, desde la perspectiva de los pueblos originarios de este continente. Pueblos que fueron y siguen siendo sus mayores víctimas. Variados y consistentes

argumentos han sido expuestos en el marco de este cuestionamiento raigal por parte de pensadores peruanos y extranjeros, dedicados a reflexionar sobre nuestra historia americana, formulados en el sentido de generar en nosotros una profunda autocrítica de nuestro rol en este último medio milenio. Rol que ha consistido fundamentalmente en imitar todo cuanto era y es producido por la cultura de quienes impusieron sus dominios en este continente desde 1492, bajo el supuesto de que los logros culturales de los pueblos originarios no tenían mayor valor, prejuicio que aún tiene plena vigencia en las sociedades mestizas y se evidencia en la mente de nuestros gobernantes.



La arrogancia etnocéntrica de quienes se hicieron de los mecanismos del poder condicionó en la mente de sus descendientes mestizos un profundo desprecio por todo aquello que hubiera tenido origen en estas tierras, hoy llamadas americanas, pero que en el momento de ser descubiertas por los ojos de los europeos, se llamaba Abya Yala ("Tierra pronta a dar sus frutos", "Madre en preñez", en idioma kuna). Como consecuencia de ello, nuestros ojos nunca se dieron cuenta del valor de todo cuanto había sido creado por el esfuerzo de los múltiples pueblos originarios de nuestro continente.

Envenenados por el desprecio y minusvaloración, fuimos incapaces de ver la potencialidad creadora, los grandiosos logros culturales de los que habían sido capaces estos pueblos. Hoy, y en la medida en que una nueva actitud frente a los pueblos indígenas de todo el mundo está logrando alcanzar mayores consensos, tenemos que aprender y enseñar a mirarnos hacia nuestra interioridad, para saber y valorar aquello de lo que fuimos capaces y para conocer nuestras potencialidades desde las cuales podemos y debemos contribuir con la humanización de nuestra especie. Todo ello con miras a construir nuestro propio futuro, propio en la medida en que este debe partir y ser construido desde nuestra peculiaridad histórica y actual situacionalidad. Tenemos la obligación moral de enriquecer la cultura con nuestros propios aportes, utilizando esa capacidad que nuestros antepasados, nuestros ancestros, ya demostraron en su relación con su entorno ambiental: su creatividad.

Es preciso que hagamos de América un continente con su propia personalidad construida desde sus propios valores milenarios, cuya validez ha sido demostrada plenamente, para dar respuestas coherentes con nuestras diversas realidades ecológicas y socioculturales particulares. Solo así superaremos la actual situación de la gran mayoría de países latinoamericanos, caracterizada por la desorientación axiológica, la pobreza, la desorganización sociopolítica, la injusticia social, la dependencia psíquica, las mutuas desconfianzas, la pérdida de fe en nosotros mismos, etc.



Tenemos que educar a las nuevas generaciones con un profundo conocimiento de nuestro continente, con un sólido respeto por nuestras conquistas culturales, con una férrea confianza en nuestras capacidades creadoras y con fe en nuestro futuro colectivo, arraigado en un pasado que comenzó muchísimo antes del 12 de octubre de 1492.